



HAL
open science

Fossey: francés transmisor de ideas y saberes en el México decimonónico

Estela Munguía Escamilla

► **To cite this version:**

Estela Munguía Escamilla. Fossey: francés transmisor de ideas y saberes en el México decimonónico. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.1298-1315. halshs-00531164

HAL Id: halshs-00531164

<https://shs.hal.science/halshs-00531164>

Submitted on 2 Nov 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

FOSSEY: FRANCÉS TRANSMISOR DE IDEAS Y SABERES EN EL MÉXICO DECIMONÓNICO

Estela Munguía Escamilla
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

El tema de la inmigración en México, ha sido y es objeto de estudio por parte de los historiadores. Sin embargo, estos últimos han encarado la cuestión principalmente mediante enfoques macro-históricos o mediante el análisis de grupos migratorios específicos, como es el caso francés en México. En esta oportunidad intentaré recoger, comprender de manera particular la historia migratoria de un francés del siglo XIX, Mathieu de Fossey, quien llegó a México como colonizador y laboró como profesor en varias regiones del país, convirtiéndose entre dos fronteras, en transmisor de ideas y saberes.

Introducción

Después de que México logró independizarse de España, buscó perfilarse como una nación distinta y «moderna», y seguramente su inclinación por lo francés se debió a que Francia se había convertido en país líder para gran parte del mundo occidental, influyendo en esta preferencia la trascendencia que tuvo su Revolución de 1789, amén de sus avances científicos, jurídicos, económicos y educativos, entre otros.

Una idea emitida por las autoridades de la federación mexicana, fue la de civilizar a la población mediante su «europeización», misma que aspiraba a conseguir la modernización de toda la república mediante el modelo de colonización. A ésta política coadyuvaría, a inicios del siglo XIX, una crisis demográfica muy marcada en Europa, con la consiguiente

disminución de tierras y oportunidades para la población joven. Así empezó la *vague* de inmigraciones de europeos, entre ella la francesa.

México al abrir sus puertas al mundo, buscando conformar una identidad y a la vez encontrar los mejores caminos para lograr el progreso, las abrió a lo francés. En gran medida lo hizo a la educación, pues además de que se procuró que ciertos sectores sociales recibieran conocimientos organizados y sistemáticos de origen francés, también se impulsó entre un conjunto todavía más amplio de la población la adquisición de saberes que entrañaban nuevas formas de sociabilidad y de sensibilidad. Así, durante el siglo XIX a México llegaron y se difundieron nuevas ideas y corrientes pedagógicas de Europa, preferentemente de Francia.

¿Pero de qué manera se diseminaron esas nuevas ideas y corrientes en las diversas regiones de México? Suponemos, desde luego, que el libro, la revista, la prensa, fueron medios que ayudaron, pero consideramos que quienes desempeñaron un papel importante en esta tarea fueron los institutores franceses, quienes eventualmente por disposición pública y más aún por iniciativa privada, abrieron escuelas que pudiéramos llamar «afrancesadas», donde se enseñaba por consiguiente la lengua francesa.

Es importante mencionar que durante gran parte del siglo XIX los educadores franceses se perciben de manera individual, en diversas regiones del país, contrariamente a lo que sucede ya casi al finalizar el mismo, momento en que los preceptores pertenecientes a congregaciones religiosas llegan de forma organizada a México. Más que a factores ligados con la educación, su presencia obedecerá a razones de índole política que se dieron tanto en Francia como en México.

En esta comunicación intentaré recoger, comprender de manera particular la historia migratoria de un francés que llegó a México como colonizador y laboró como profesor: Henri Mathieu de Fossey, mejor conocido como Mathieu de Fossey.

Es pertinente establecer que una trayectoria individual en un nombre propio tiene poco interés en el plano histórico, sin embargo, comprender una vida articulándola con hechos colectivos, puede aportar nuevos elementos de conocimiento.

Si bien Fossey no es un personaje de primer orden, no deja de ser un hombre particular, cuya trayectoria migratoria es rica y variada, misma que suscita interés desde la óptica que pretendemos abordar.

Fossey al pertenecer a una élite extranjera considerada como una potencia civilizadora, contribuiría a la modernización del país y ayudaría a consolidar varios proyectos educativos regionales, como portador de un imaginario cultural, social y político.

El interés de este trabajo será dilucidar cuestiones como las siguientes: ¿cuál fue la influencia de este migrante francés en la educación del siglo XIX

en México? ¿de qué manera fueron percibidos los saberes que transmitió? ¿qué formación tenía? ¿cuál fue el legado educativo y cultural de Fossey?; entre otros objetivos.

Mathieu de Fossey procreado y educado en Francia, estaba impregnado de los valores occidentales, al emigrar los transfiere y los pone en escena al abrigo de la sociedad receptora, México, convirtiéndose entre dos fronteras, en transmisor de ideas y saberes.

Los colonizadores franceses en tierras mexicanas

En primera instancia nos preguntamos, por qué dejaron algunos franceses sus terruños? Quizá, esta interrogante la podamos esclarecer a través de Jean Meyer, quien menciona, entre otras causas, la crisis económica que vivía Francia en algunas de sus regiones. En el Valle de los Alpes de Provenza, «uno de los más pobres y desheredados distritos franceses», su única riqueza la constituía el pastoreo de ovejas y la artesanía textil. Este autor resalta que es de Jausiers, entre otras pequeñas villas, de donde sale el primer emigrante. Sin embargo, pese a la pobreza de la población, contaban con un alto nivel educativo, ya que en los distritos de los Bajos Alpes la instrucción primaria estaba ya muy difundida en el siglo XVIII, donde la alfabetización de las mujeres se acercaba al cien por ciento.¹

Según datos aportados por el registro de población francesa en México de 1845, de 1 800 franceses inscritos en el mismo, el 99 % eran hombres, con estatus de solteros el 90%. Entre las profesiones que ejercían 130 de ellos se encontraban la de médico, farmacéutico, ingeniero, arquitecto y profesor.²

También las condiciones propias de México contribuyeron a la migración francesa; una solución para poblar el territorio mexicano fue fomentar el desplazamiento europeo, ya que se consideró que éste sería un factor de progreso para el país, pues traería un capital cultural, un oficio y una religión, los emigrantes sabían utilizar herramientas, se trataba en fin de una raza superior a la de los indígenas.

La inmigración extranjera no sólo fue bien recibida por los nuevos gobiernos independientes de México, ya fueran liberales o conservadores, sino también insistentemente buscada, puesto que unos y otros regímenes estaban convencidos de que la iniciativa y diligencia de los europeos impulsarían el desarrollo económico del país.

Los franceses, estimulados por la riqueza de México exhibida en el libro de Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*,

1. Jean Meyer, «Los franceses en México durante el siglo XIX», en *Relaciones*, Estudios de Historia y Sociedad, Primavera/1980, Vol. 1, núm. 2, pp. 22-23 y Patrice Gouy, *Pérégrinations des Barcelonnètes au Mexique*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 1980, p. 40.

2. *Idem.*, p. 13.

1811, y por la política ya señalada, llegaron a tierras mexicanas animados por compañías colonizadoras organizadas.

Desde 1827, el gobierno del estado de Veracruz participó en un proyecto para otorgar permisos a empresas que quisieran solicitar tierras.³ La primera expedición francesa, fue organizada por François Giordan y el diputado Laisné de Villelèveque en 1828, con la finalidad de llegar al año siguiente a las costas de Coatzacoalcos, desafortunadamente naufragó en la barra del río y se perdieron muchas vidas. Pródigas pero inhóspitas fueron las riberas del Coatzacoalcos para los franceses, el clima y las enfermedades contribuyeron para que los sobrevivientes se dispersaran por diversas regiones del país, entre ellas Veracruz, Oaxaca, Tehuantepec, Acayucan y Minatitlán, entre otras.⁴

Otro desplazamiento fue organizado por la Compañía Franco-Mexicana de Stéphane Guénot, quien compró terrenos en las riberas del río Nautla, concretamente en un lugar llamado Jicaltepec, también en el estado de Veracruz. Hacia 1833 desplazó a 80 colonos de la Haute-Saône a Jicaltepec, fundando un asentamiento que persiste hasta nuestros días.⁵

Fossey, también organizó otra emigración malograda hacia 1830.

Fossey, transmisor de ideas

De la actuación de Fossey como colonizador se conoce poco. Fue oriundo de Dijon, en cuanto el año de su nacimiento es impreciso, algunos autores lo ubican en 1805 y otros en 1808, lo que se sabe sobre su vida personal procede casi en su totalidad de lo que él mismo escribió en su libro titulado *Viaje a México*.⁶

Por lo que respecta a su situación económica parece haber sido mediana, suficiente para pagarle una educación en su patria.⁷

Consideramos importante preguntarnos qué fue lo que condujo a Fossey a México. Probablemente las circunstancias políticas que se vivían en Francia, ya que cuando Mathieu dejó su país, cayó del trono Carlos X y se instauró la llamada monarquía de julio de 1830. Fossey partidario del régimen derrotado, desechó la posibilidad de realizar una carrera gubernamental en las condiciones políticas prevalecientes, amén

3. David Skerrit Gardner, *Colonos franceses y modernización en el Golfo de México*, Universidad Veracruzana, México, 1995, pp. 47-48.

4. Javier Pérez Siller, «Historiografía general sobre México Francia: 1920 - 1997», en Javier Pérez Siller (Coordinador), *México Francia, Memoria de una sensibilidad común siglos XIX-XX*, BUAP/El Colegio de San Luis, A. C./CEMCA, México, 1998, p. 48.

5. *Ibidem*.

6. Mathieu de Fossey, *Viaje a México*, prólogo de José Ortiz Monasterio, Conaculta, México, 1994. Fossey consignó su recorrido por México en su libro titulado *Viaje a México*, la primera publicación de esta obra fue mexicana, a cargo de Ignacio Cumplido, 1844; posteriormente se editó en francés con el nombre de *Le Mexique*, impresiones de 1857 y de 1862.

7. *Idem.*, p.12.

de poseer un espíritu aventurero, por lo que optó por probar suerte como colono en México.

Hacia 1830, entre los 23 y 25 años, Fossey organiza una reducida expedición y planea colonizar una región del sur del golfo de México, Coatzacoalcos; «seducido», como él mismo afirma, por los folletos propagandísticos distribuidos en Francia sobre México, donde lo describían como «el más poblado, poderoso y rico de los nuevos estados de América».⁸

El viaje organizado por Fossey estuvo integrado por vinicultores de la región de la Borgoña y por antiguos servidores de su familia. Salió del puerto de Le Havre rumbo a México el 27 de noviembre de 1830 y tras 79 días de viaje en el bergantín *Petit Eugène*, arribó a tierras mexicanas un 13 de febrero de 1831, para descubrir que no había nada organizado para recibirlos como se les había prometido en Francia, al respecto escribe:

«...aun cuando nuestras asociaciones hubiesen llegado intactas a los terrenos de la concesión, con operarios llenos de valor, celo y actividad, hubiera sido casi imposible permanecer en ella, y con más razón hacer florecer una colonia, pues para haber conseguido este objeto, hubiera sido preciso que hubiesen llegado a un sitio preparado de antemano para recibirlas, el cual desmontado con anticipación, hubiera tenido casitas fabricadas para cobijarlas, y en donde se hubieran labrado piraguas para el uso diario de los colonos y sembrado los sitios más ventajosos con los cuales no podía acertar su falta de experiencia. Pero los directores con su estúpida codicia no habían tenido por conveniente gastar ni un peso, y de tanta incuria resultaba una serie de graves dificultades y males intolerables que debían estorbar las empresas particulares, desvaneciendo en breve toda esperanza de feliz éxito».⁹

Las promesas de los promotores de la expedición habían sido un engaño, al llegar a Minatitlán los viajeros advirtieron casi de inmediato que no había condiciones para que se instalaran y menos para iniciar una actividad rentable. Fossey permaneció dos meses en este lugar en espera de que mejorara las condiciones de la colonia, sin embargo, esto no ocurrió, por el contrario durante ese tiempo vería morir a muchos de sus compatriotas a causa de la malaria y el hambre.

Después del fraude y del fracaso de la expedición, muchos de los sobrevivientes optaron por regresar a Francia, o por trasladarse a otras

8. Fernanda Nuñez, «Entre el infierno y el paraíso. Dos franceses perdidos en el Guazacoalcos de los años treinta del siglo XIX», en Chantal Cramaussel y Delia González, Editoras, *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*, Vol. II, El Colegio de Michoacán, México, 2007, pp. 291-293.

9. Mathieu de Fossey, *Viaje a México*, p. 35.

demarcaciones mexicanas. Fossey se vio ante la alternativa de regresar a su país o seguir hacia la ciudad de México, se decidió por esto último, allí entre otras actividades se dedicó a laborar como institutor, es decir como profesor.

El fracaso de la colonización fue rotundo. En su propia defensa, los impulsores mexicanos de la inmigración esgrimieron el argumento de que los franceses que llegaron eran gente inadecuada para la vida del campo, esta apreciación fue confirmada por Fossey en su libro *Viaje a México*, lo cierto es que los gobiernos mexicanos dejaron en manos de particulares una tarea que debió organizarse desde las instituciones públicas, como resultado de una política nacional.

Sin embargo, es pertinente apuntar que Fossey como colono participó de la certeza que tenían muchos de sus contemporáneos, de la eficacia de la tarea civilizadora de la raza blanca y en la necesidad de civilizar a los atrasados indígenas, por lo que era necesario introducir sus culturas y sus modos de vida a la modernidad de la civilización europea, en este caso de la francesa. Además de colonizador, el carácter de viajero de Fossey se perfiló durante esta etapa, visitó y residió en varias ciudades mexicanas, en algunas sólo estuvo de paso.

Fossey, plasma su punto de vista de México y sobre los mexicanos en su *Viaje a México*, valoraciones que consideramos resultan limitadas, ya que sus juicios estaban impregnados del modelo europeo, «versión francesa» (entrecomillado mío); de esta manera todo lo que iba encontrando en su viaje aparece inevitablemente comparado con su prototipo, con frecuencia desventajosamente. Sin embargo, ofrece una visión más, sobre lo que consideró que era México en aquella época.¹⁰

Fossey después de una larga permanencia por territorio mexicano, regresó a su país en 1841, pero sólo por dos años, pues para 1843 de nueva cuenta volvió para instalarse en la ciudad de México, él mismo relata que durante seis años permaneció en la capital mexicana.¹¹

Fossey, fue un colono desafortunado que no obstante el fracaso de su expedición, permaneció en México, en suma un inmigrante que se dedicó a la docencia, a ganarse la vida dando clases, particularmente de francés. Por lo que intentaremos valorar su ascenso en el tránsito de una educación colonial a una educación nacional, es decir, de una educación religiosa a una laica.

10. *Idem.*, p. 13

11. *Ibidem.*

Panorama sucinto de la educación en el México decimonónico

A lo largo del siglo XIX aparecieron en México, principalmente entre la élite política, la Iglesia y los educadores, diferentes formas de concebir a la educación, mismas que permearon diversos ámbitos de la realidad educativa del país. Desde posiciones religiosas hasta laicas y pretenciosamente científicas, el abanico de concepciones desplegadas a través del tiempo estructuró prácticas, y en ocasiones institucionalizó saberes y creencias en torno a los fines de la educación y a los medios y/o métodos para educar a la sociedad. En las primeras décadas del siglo XIX la educación primaria sufriría los cambios que la caracterizarían por muchos años.

Estos cambios permitieron vincular la educación formal con su utilidad desde las primeras letras, es decir con las necesidades económicas. Además, sería formadora de hábitos, competencias y actitudes elementales para integrarse a una sociedad en tránsito de lo rural a lo urbano y de la producción primaria a la industrial. Mediante la educación formal se pretendían inculcar ideas y prácticas sociales correspondientes a los anhelos ilustrados de paz social y progreso económico.¹²

En primer término se adoptaría el método lancasteriano,¹³ mismo que permitiría reducir el tiempo de aprendizaje de la currícula básica a la tercera parte, al enseñarse simultáneamente todas las materias. Esta práctica provocó la expansión de la matrícula en las escuelas públicas,¹⁴ ante la posibilidad de atender una mayor cantidad de escolares y al utilizar el sistema de ayudantes o monitores, así como atenderse la formación de instructores.¹⁵ Gran parte de la reputación de este sistema derivaba de su economía y rapidez. Siguiendo el método de Lancaster un sólo maestro podía enseñar de 200 hasta 1000 niños, con lo que bajaba el costo de la educación.¹⁶

12. María Adelina Arredondo López, «Contribuciones de preceptores franceses a la educación en Chihuahua (1833-1847)» en Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel (Coordinadores), *México Francia, Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX y XX*, Vol. II, BUAP/ColMich/CEMCA, 2004, México, p. 201.

13. Método Lancasteriano, sistema educativo que consistía en la reciprocidad de enseñanza entre los niños de una escuela. La norma era que los menores más avanzados de la clase, a quienes se les denominaba *monitores*, instruyeran a sus compañeros con los conocimientos que el mismo preceptor les enseñaba. El concepto de *preceptor* hace referencia al docente que instruía a los niños en los conocimientos de primeras letras, que comúnmente se limitaban a la lectura, escritura, aritmética y doctrina cristiana.

14. En el año de 1851, la capital de México contaba con 122 escuelas y sólo 4 eran sostenidas por el gobierno. La Compañía Lancasteriana, entre otras instituciones privadas, sostenía a la mayor parte de las 2 424 escuelas que había en el país en 1857.

15. María Adelina Arredondo López, «Contribuciones de preceptores franceses...», p. 201.

16. Dorothy Tanck de Estrada, «Las escuelas lancasterianas en la ciudad de México: 1822 - 1842», en Varios Autores, (Introducción y selección de Josefina Zoraida Vázquez), *La Educación en la Historia de México*, Lecturas de Historia Mexicana 7, El Colegio de México, México, 1992, pp. 50-51.

Sin embargo, el paso de una educación colonial a una nacional tuvo que sortear algunos problemas, antes de que el influjo del modelo de la educación francesa pudiera ser introducido en México.

En el primer tercio del siglo XIX la Independencia en México estaba lograda, pero la unidad de una sociedad tan compleja no podría conseguirse por una simple declaración, ya que las fuerzas divergentes empezaban a aparecer y se extendían hacia todas direcciones. En un punto estaban sin embargo todos de acuerdo: en que México, para satisfacer su deseo de ponerse al día, a la par de los pueblos anglosajones industriosos y liberales o de los cultos franceses, debía de educar a su pueblo.

Al finalizar el siglo XVIII los cabildos de la Nueva España habían tenido un papel creciente como promotores de la enseñanza básica, práctica que también ocurrió en España y Francia, lo que se explica por la forma de gobierno centralista y monárquica en estas dos naciones. Sin embargo, la estrechez de los municipios, propiciaba que el gobierno dirigiera la educación en todos los niveles y que estas circunscripciones tuvieran poca autonomía política y financiera.¹⁷

En México, ante la necesidad de implantar un sistema educativo los congresos estatales siguieron la idea de dejar esta función en manos de los ayuntamientos, lo cual fue una de las causas de su raquítico desarrollo, debido a la penuria económica de los municipios. En la Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos de 1824, quedó sólo como potestad del gobierno, a través del Congreso, establecer toda clase de instituciones educativas. Se declaraba que el mismo derecho tendrían los congresos estatales, pero no se especificaba nada acerca de la educación elemental que prácticamente se mantuvo en manos del clero.

Gran parte del siglo XIX, debido a la anarquía, a las guerras internacionales y a la falta de fondos, la acción en el ramo educativo consistiría en una lucha por la promulgación y derogación de leyes, según el partido que se encontrara en el poder. Lo importante es que tanto los liberales como los conservadores tomarían conciencia de la importancia de la educación en su doble valor: como instrumento de mejoramiento material del país y como modelador de ciudadanos leales. Durante una primera etapa, esta función se intuía y en realidad no llegaría a desplegarse con todo vigor sino hasta las últimas décadas del siglo XIX. Esto no fue sólo consecuencia de la falta de medios sino de que no existía todavía un sentimiento nacional generalizado, patrimonio sólo de un grupo pequeño de ilustrados.

17. Dorothy Tanck de Estrada, «El gobierno municipal y las escuelas de primeras letras en el siglo XVIII mexicanos», en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, mayo-agosto 2002, vol 7, núm 15, p.272.

La formación y el desarrollo del sistema educativo no se realizó en forma lineal ni homogénea. Al contrario, su historia estuvo sujeta a paradojas, a avances y retrocesos, así como a tensiones y resistencias. Los saberes de la época, los prejuicios sociales, la ignorancia, los proyectos de la élite y las preocupaciones populares, incidieron en un proceso que posibilitó, y a veces impidió, el desenvolvimiento educativo en México.¹⁸

El panorama anterior contribuyó a que en las primeras décadas del siglo XIX llegaran a diferentes regiones de México preceptores franceses contratados por diversos gobiernos estatales y por algunos hombres de negocios deseosos de promover la ilustración.

Varios fueron, en efecto, los inmigrantes-institutores franceses que llegaron a distintas provincias de México, a transmitir sus conocimientos, métodos pedagógicos, idioma, saberes, modelo educativo y, en fin su cultura. Estos hombres influyeron para que las prácticas educativas y sociales en México, entre otras, se transformaran y optaran por lo francés.¹⁹

Tanto la escuela pública como las familias de altos ingresos depositaron sus expectativas en los profesores franceses, a quienes se percibía como portadores de conocimientos y experiencias más avanzadas en el terreno de la educación. Se tenía la pretensión de formar con rigor metodológico y calidad docente a los profesores que contribuirían en las escuelas de los pueblos de México, capacitando a los niños en las primeras letras y en la doctrina cristiana.²⁰

Se sabe que Mathieu de Fossey no sólo ejerció su profesión en la capital de la república, sino también en algunas regiones del México decimonónico como Oaxaca, Guanajuato, Colima, Guadalajara, entre otras. Sin embargo, son mínimos los estudios que se han ocupado de explorar la presencia e influencia docente de este inmigrante en México, tarea que aun está pendiente y que sólo alcanzamos a tocar de manera inicial.

Fossey, transmisor de saberes

Mathieu de Fossey, graduado en la Academia de Dijon, se identificaba como *instituteur* y literato; cuando se instala en la ciudad de México, la actividad que practicó fue la docente.²¹

18. Antonio Padilla Arroyo y Carlos Escalante Fernández, «Imágenes y fines de la educación en el Estado de México en el siglo XIX» en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, julio-diciembre 1996, vol 1, núm 2, pp. 424-425.

19. Torres Septién, Valentina, «Los educadores franceses y su impacto en la reproducción de una élite social» en Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel (Coordinadores), *México Francia, Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX y XX*, Vol. II, México, BUAP/ColMich/CEMCA, 2004, p. 219.

20. María Adelina Arredondo López, «Contribuciones de preceptores franceses...», p. 201.

21. María de los Ángeles Rodríguez, «Un educador francés por Colima, México: Mathieu de Fossey (1805-1872)», en *Memoria, conocimiento y utopía*, Anuario de la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación, Número 1, Ediciones Pomares, Enero 2004-mayo, México, 2005

Después de su accidentada y fracasada expedición, Fossey se asentó y se propuso crear una escuela Normal, anhelo que no consiguió, ya que sólo logró durante el gobierno provisional de Ignacio Comonfort (1855-1856), dirigir la Normal de Profesores formada durante esa administración.²²

A su retorno de París, 1843, por medio impreso, Fossey, anunció que dirigiría un establecimiento privado de enseñanza media y superior, denominado Gimnasio Polígloto y Científico, ubicado en la calle del Espíritu Santo # 8 de la ciudad de México, en el que «no se recibirían sino a los jóvenes mas recomendables por su primera educación», el número de ellos sería muy limitado para que pudiera «repartir sus cuidados».²³

En la misma publicación, Fossey para promocionar su escuela, alude a su experiencia como profesor, de esta manera refiere que, «desde 1831 había dirigido el primer colegio francés establecido en México». Desconocemos si fue el primero, pero es un hecho que después de consumada la Independencia se intensificaría la presencia francesa en México, situación que propiciaría el ofrecimiento de clases de francés de carácter particular, como consecuencia de la llegada de algunos franceses refugiados o simplemente viajeros.²⁴

Fossey se jactaba que de su escuela habían salido hablando bien el francés ciento cincuenta de sus discípulos, mismos que habían recibido instrucción en varios ramos; celebraba que más de treinta hubieran llegado a ser «sujetos de mucha distinción, tanto en las ciencias como en las letras»; entre sus alumnos más destacados señala a los apellidos: Balderas, Galicia, Zamora, García, Arellano, Urquiaga, Vallejo, Garay, Tornel y de la Vega.²⁵

La influencia que estos institutores obtuvieron fue importante y reconocida, ya que instruyeron a un gran número de hombres pertenecientes a la «sociedad y a la Iglesia de su tiempo», alumnos que seguramente reprodujeron prácticas, valores, virtudes y normas de los modelos franceses que los influyeron.

Tenemos referencia de que Mathieu de Fossey puso una escuela en su casa e instruyó a niños que después presentaban brillantes exámenes públicos. Desarrollo una verdadera pasión por la enseñanza, para finales de 1833 su establecimiento era muy conocido.

El vicepresidente Valentín Gómez Farías fue invitado a presidir el primer examen público practicado en el colegio fundado por Fossey; al

22. María de Lourdes Alvarado, *La Educación «Superior» Femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental*, CESU-UNAM, Plaza y Valdés Editores, México, 2004, p.244.

23. *El Siglo Diez y Nueve*, México, 12 de marzo de 1843, p.2.

24. Montserrat Galí Boadella, «Lo francés en las pequeñas cosas: la penetración del gusto francés en la vida cotidiana», en Javier Pérez Siller y Chantal Cramausel, *México Francia: Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, Vol. II, México, 2004, p.391.

25. *El Siglo Diez y Nueve*, México, 12 de marzo de 1843, p.2.

segundo concurrirían algunos hombres de letras, los estudiantes brillarían por sus conocimientos de latín, pasajes difíciles de francés, aritmética y de los primeros libros de geometría.

La fama de Fossey creció y cuando tuvo lugar el tercer exámen en el salón de actos de la Universidad, diez jóvenes habían completado su curso. Durante cinco horas deslumbraron a la concurrencia con conocimientos de los autores clásicos, traducciones de español y francés al latín y su explicación del primer libro de Homero en griego; como se estudiaba poco griego en esos años en México, fue todo un acontecimiento.²⁶ La facilidad de los alumnos en inglés, matemáticas, física, astronomía, geografía e historia griega y romana, más la de España y Francia hasta 1830, fue una novedad, pues casi nunca se estudiaba historia contemporánea.²⁷

Fossey, en uno de sus informes comentaba, que tanto en Francia como en México veía una tendencia a aprender mejor, a fondo, a familiarizarse con un número mucho más extenso de materias. Sin embargo, la enseñanza no era tan completa como era de desear, ya que ninguno de estos dos países se prestaba la atención merecida a los idiomas modernos. Los alumnos franceses, por ejemplo, estudiaban alemán e inglés pero terminaban sus cursos sin poder hablar ninguno de los dos, en México por lo general no se hacía ni el intento.

Fossey también reflexionaba que lo que había permitido grandes progresos en Francia desde 1830, era la buena preparación de maestros en L'Ecole Normal y la dificultad del bachillerato, dos cosas que, según este observador de la educación mexicana, serían de gran provecho desarrollarlos en este país. Concretamente propuso un plan de estudios para una escuela normal y abogó por mayores exigencias al calificar los exámenes.²⁸

Coincidimos con Mathieu de Fossey en el sentido de que la formación profesional de los maestros era una tarea pendiente en México, misma que logró consolidarse hasta el porfiriato. Fue en ese régimen que se hizo hincapié en la necesidad de formar maestros, ya que prácticamente no existía la profesión, las personas que medianamente sabían leer y contar se empleaban como preceptores; era común que las personas que no podían ganarse la vida de otra manera abrieran escuelas.²⁹

Pese a la situación señalada, un capítulo aparte es la educación proporcionada por *maestros particulares*. Las clases más favorecidas de la sociedad procuraban para sus hijos, una educación que aventajaba en

26. Anne Staples, «Panorama educativo al comienzo de la vida independiente», en *Ensayos sobre historia de la educación en México*, El Colegio de México, México, 1981, p.135.

27. *Idem.*, p.136.

28. *Ibidem.*

29. Milada Bazant, *Historia de la educación durante el porfiriato*, México, El Colegio de México, 1993, p.129.

mucho la ofrecida en el salón de clases, ya fuera de escuelas particulares o del ayuntamiento. Había siempre cierto número de individuos con conocimientos especializados que se dedicaban a refinar los modales o a perfeccionar las habilidades de los alumnos pudientes. Eran especialmente importantes estos maestros en cuanto a las novedades que impartían en materia educativa pues no estaban sujetos a las viejas normas y modelos de la enseñanza formal;³⁰ numerosos profesores eran extranjeros, entre ellos de nacionalidad francesa, como Mathieu de Fossey.

La mayoría de mentores particulares daban instrucción en su domicilio o en la casa del interesado, en parte para evitar el papeleo requerido para abrir un establecimiento escolar.³¹

Era común que los educadores particulares ofrecieran sus servicios mediante anuncios de aviso en los periódicos. Fossey, también recurrió a este procedimiento numerosas veces, como cuando abrió su colegio denominado Gimnasio Polígloto Científico, planeado en cuatro divisiones y con un programa de estudios ambicioso. Entre las materias consideradas figuraban las relacionadas gramaticalmente con el francés, español e inglés, también se practicarían ejercicios de latín y griego; por lo que atañe a las ciencias naturales, se impartirían aritmética, geometría y álgebra, entre otras.

Se estudiarían varios periodos de la historia, media edad (sic), moderna y contemporánea; además, historia sagrada y moral, ya que era importante cultivar e instruir a los alumnos, pero también transmitir valores, el francés Mathieu de Fossey prometía aplicarse en volver buenos a los niños «con lecciones de moral que les hagan comprender todo el precio de una buena acción»³²

Además del Gimnasio Polígloto, Fossey anunció a los «interesados u aficionados a la lengua francesa», que el 2 de enero del siguiente año, 1844, abriría en la calle de las Capuchinas # 6, a las ocho de la noche, un nuevo curso de lengua francesa. Se comprometía a enseñar a sus discípulos a traducir el francés en tres meses y hablarlo en seis, aclaraba que este resultado insólito dependía de su *método*, seguramente se refería al denominado *Método natural para aprender el francés y enseñarlo*, texto escrito por él, pues señalaba que:

«ningún curso público en México hasta ese momento había obtenido tales resultado, lo común era traducir medianamente el francés en dos o tres años, pero sin lograr hablarlo, objetivo del estudio de los idiomas vivos».³³

30. Anne Staples, «Panorama educativo al comienzo...», p.133.

31. *Idem.*, p. 134.

32. *El Siglo Diez y Nueve*, México, 12 de marzo de 1843.

33. *Idem.*, 20, 23, 25 y 26 de diciembre de 1843, p.4.

La inscripción al curso costaría 15 pesos por tres meses adelantados, condición indispensable para estudiarlo, debido a que algunos jóvenes abandonaban el curso después de un mes de lecciones, situación que obligaba a admitir a otros en su lugar, entorpeciendo la marcha de los estudios.³⁴

El «Colegio Francés de M. de Fossey» también conocido como «Colegio francés en Tacubaya», cambió de residencia en 1857 a Portal de las Flores No. 1, no sabemos si el mencionado Gimnasio Poligloto cambio de nombre o se trataba de otro, porque según explicaba, «su residencia en Tacubaya era incompatible con los deberes que le imponía la dirección de la escuela Normal»;³⁵ ofreció sus servicios y programa de estudios a los padres de familia que desearán confiarle la educación de sus hijos. Las materias que se ofrecían en esta ocasión eran similares a las propuestas con anterioridad, pero la enseñanza del griego ya no aparece, se daban otros cursos relacionados con las bellas artes: dibujo, pintura y música.³⁶

Tenemos noticia de otros dos cambios de domicilio del establecimiento privado dirigido por Fossey. A qué obedecieron los mismos, quizá a un crecimiento escolar, no lo sabemos, pero es un hecho que en 1860, cuando se instala en el Portal de los Mercaderes n^o. 2 fue para atender un colegio de instrucción primaria y secundaria,³⁷ y en 1863 una Casa de Educación para niñas en la calle San Francisco # 12, donde él impartiría clases de francés.³⁸

En la Casa de Educación, Fossey impartiría la lección de francés a las pequeñas de la primera división, y a las señoritas de quince años en adelante un curso de francés que se inauguraría a partir de julio de 1863. En esta ocasión, el programa de estudios muestra algunos cambios sustanciales, se impartirían clases de costura y bordado, cursos forzosos si se trataba de una institución para niñas, las clases de doctrina cristiana e historia sagrada estarían, esta vez, a cargo de un eclesiástico.³⁹

Es interesante saber que Mathieu de Fossey asumió una posición progresista dando clases al sexo femenino, pues el común denominador, durante estos años, fue que los padres o madres de familia, y a veces el clero, opusieran resistencia a la educación de la mujer, pues veían como inútil o contraproducente la ampliación de su cultura.⁴⁰

También es importante comentar que desde 1846 el autor anunciaba y comercializaba su *Método natural para aprender el francés*. Hacia 1863 y

34. *Ibidem*

35. *Le Trait d'Union*, México, 7 de agosto de 1857, p. 3.

36. *Idem.*, México, 24 de agosto de 1857, p.3.

37. *La Sociedad*, México, 8 de diciembre de 1860

38. *Idem.*, 4 de julio de 1863.

39. *Ibidem*.

40. Anne Staples, «Panorama educativo al comienzo...», p. 144.

1864 se seguía vendiendo en la casa del autor y en las principales librerías de México al precio de 10 reales.⁴¹

El que Fossey escribiera su propio método para aprender francés, confirma su interés por enseñar su idioma natal y por difundirlo, ya que en esos años el aprendizaje de éste idioma había aumentado en México, requiriendo de gramáticas y libros de texto, por lo que no era raro saber de la publicación y/o venta de distintos métodos.⁴²

Como ya lo indicamos Mathieu de Fossey no sólo realizó su labor profesional en la capital de la república mexicana, también lo hizo en varias localidades del país; sin embargo, su actividad en la mayoría de ellas está por investigarse, solamente conocemos alguna información sobre su presencia en Guanajuato y Colima.

Se sabe que Fossey fundó una escuela normal en Guanajuato en los primeros años de la década de los cuarenta, por designación del gobernador Octaviano Muñoz Ledo,⁴³ en este lugar logró preparar a varias generaciones de maestros titulados de primaria. Su intención también fue abrir en esta localidad, cursos de griego para los alumnos más avanzados de medicina, pues no concebía que un buen médico no conociera las etimologías y la belleza de la lengua griega, sin embargo este proyecto no logró concretarlo.

En Guanajuato logró publicar por primera vez, 1854, un manual escolar intitulado *Gramática Castellana*, texto que elaboró porque según su apreciación:

«no existían buenas obras a la mano del público y hacían falta en las escuelas...», y «...para el estudio de las lenguas antiguas y modernas».⁴⁴

Otro estudio escrito de Fossey llevaba el título de *Método Natural para aprender el francés y para enseñarlo*, lo que confirma que pasó varios años de su vida dedicado a la enseñanza de este idioma.⁴⁵

Por lo que se refiere a su estancia en Colima, duró tres años y estuvo marcada por la insatisfacción de no poder ejercer oficialmente el cargo de director de una escuela normal, debido a diversos conflictos internos que impidieron que pudiera desarrollar su trabajo.

Cómo llegó Fossey a Colima? parece ser que fue Ramón R. de la Vega, personaje importante en la historia de la educación en ese estado, quien lo invitó a encargarse de la escuela normal para niños, el objetivo

41. *La Sociedad*, México, 15 de diciembre de 1863 y 5 y 23 de enero; 2,6 y 9 de febrero de 1864.

42. Montserrat Galí Boadella, «Lo francés en las pequeñas cosas: la penetración del gusto francés en la vida cotidiana», en Javier Pérez Siller y Chantal Cramausel, *México Francia: Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, Vol. II, México, 2004, p.393.

43. Manuel Ferrer Muñoz, «Mathieu de Fossey: su visión del mundo indígena mexicano», en *Cahiers des Ameriques Latine*, No. 41, París, Francia, p. 119.

44. María de los Ángeles Rodríguez, «Un educador francés por Colima...», p.251.

45. Montserrat Galí Boadella, «Lo francés en las pequeñas cosas...», pp. 393-394.

sería formar preceptores, es decir, maestros que ayudaran a diseminar los conocimientos en la ciudad y su territorio. Su nombramiento fue expedido el 20 de julio de 1849 y se le estipuló un salario de 100 pesos mensuales.

Fossey de entrada presentó un plan de trabajo a la Junta de Instrucción de Colima, en donde especificaba que no impartiría educación elemental, sino secundaria, con algunas novedades; por ejemplo introdujo el estudio de la gramática, materia que dio rango de superioridad a la educación colimense, conforme a lo establecido hasta entonces.⁴⁶

La Junta de Instrucción Pública, considero como una suerte enorme poder contar con un profesor de la calidad de Fossey, situación comprensible conociendo el desarrollo histórico de la región, que se mantuvo apartada de los caminos regulares de la cultura y la educación.

Desde que Fossey inició su estancia en Colima, su alto salario implicó un problema. Para animarlo a establecerse en esa localidad, se le había ofrecido un sueldo inusual de 100 pesos mensuales, cuando a la gran mayoría de docentes de la época se les pagaba 30 pesos; esta situación causaría inconformidad en la comunidad y se convirtió en pretexto para deshacerse de él.

Por su parte, Fossey también se incomodaría, ya que se había trasladado a Colima con una expectativa de pago que no se cumplió, amén de que su nombramiento oficial nunca llegó. En 1852 abandonó la ciudad colimense después de tres años de permanencia.

Ante este hecho, es importante considerar que el país estaba viviendo momentos económicos muy difíciles y aunque su condición de extranjero y profesor le permitían a Fossey un trato especial, la gran diferencia del salario que le fue ofrecido con relación a otros empleados públicos, le hizo entrar en conflictos de tipo social.⁴⁷

Después de su experiencia en Colima, Fossey partió para Guadalajara, donde probablemente permaneció allí hasta 1855, estancia de la que no tenemos mayor información, hasta que retornó a la ciudad de México; regreso que coincidió al momento previo de la Segunda Intervención Francesa en México (1862-1867).

La última referencia que hemos encontrado acerca de Fossey como profesor se ubica en el año de 1866, solicitando la incorporación de su colegio particular al Liceo y Colegio Literario de México.⁴⁸ Después de este trámite, Fossey permaneció ya pocos años en México, presuntamente hasta 1870, dejando tras de sí una importante labor docente, pues por sus propios medios estableció escuelas que prepararon a generaciones de niños y jóvenes con rigor académico, transmitiéndoles saberes hasta

46. María de los Ángeles Rodríguez, «Un educador francés por Colima...», pp.243-245.

47. *Idem.*, pp. 249-250.

48. *Ibidem.*

entonces no conocidos ni practicados, dando paso a nuevas propuestas educativas que suscitaron transformaciones y alteraciones en el proceso educativo mexicano del siglo XIX, aun poco analizadas e investigadas.

No tenemos la certeza sobre la fecha y el lugar donde falleció Fossey, se maneja el año de 1872 y se supone ocurrió en Valparaíso, Chile.⁴⁹

Reflexión final

Para concluir, es oportuno reflexionar que Mathieu de Fossey, a partir de su vida creativa en México, como colonizador, viajero, escritor y profesor, dejó un aporte cultural amplio de su visión y experiencia *de y en México*. En suma, no es tanto el actor social el que nos interesa investigar, sino la forma en que éste se convierte en una clara muestra de cómo se realizaban los intercambios colonialistas y culturales en el siglo XIX, así como sus efectos y resultados; particularmente es interesante observar cómo se convierte en transmisor de ideas y se involucra en el proceso educativo de la naciente nación mexicana, contribuyendo con su presencia e influencia, en la adquisición de saberes que llevaron a nuevas formas de sensibilidad o de sociabilidad que alcanzaron a un amplio abanico de la población y que esperan ser investigados.

Hemerografía

El Siglo Diez y Nueve, México, marzo, diciembre de 1843.

Le Trait d'Union, México, agosto de 1857.

La Sociedad, México, diciembre de 1860; julio de 1863; diciembre de 1863; enero, febrero de 1864.

Bibliografía

Alvarado, María de Lourdes, *La Educación «Superior» Femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental*, CESU-UNAM, Plaza y Valdés Editores, México, 2004.

Arredondo López, María Adelina, «Contribuciones de preceptores franceses a la educación en Chihuahua (1833-1847)» en Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel (Coordinadores), *México Francia, Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX y XX*, Vol. II, BUAP/ColMich/CEMCA, México, 2004.

Bazant, Milada, *Historia de la educación durante el porfiriato*, El Colegio de México, México, 1993.

49. María de los Ángeles Rodríguez, «Un educador francés por Colima...», p. 254.

- Ferrer Muñoz, Manuel, «Mathieu de Fossey: su visión del mundo indígena mexicano», en *Cahiers des Ameriques Latine*, No. 41, París, Francia, p. 119.
- Fossey, Mathieu de, *Viaje a México*, prólogo de José Ortiz Monasterio, Conaculta, México, 1994.
- Galí Boadella, Montserrat, «Lo francés en las pequeñas cosas: la penetración del gusto francés en la vida cotidiana», en Javier Pérez Siller y Chantal Cramausel, *México Francia: Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, Vol. II, BUAP/ColMich/CEMCA, México, 2004.
- Gouy, Patrice, *Pérégrinations des Barcelonnettes au Mexique*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 1980.
- Meyer, Jean, «Los franceses en México durante el siglo XIX», en *Relaciones, Estudios de Historia y Sociedad*, primavera, 1980, Vol. 1, núm. 2.
- Nuñez, Fernanda, «Entre el infierno y el paraíso. Dos franceses perdidos en el Guazacoalcos de los años treinta del siglo XIX», en Chantal Cramausel y Delia González, Editoras, *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*, Vol. II, El Colegio de Michoacán, México, 2007.
- Padilla Arroyo, Antonio y Escalante Fernández, Carlos, «Imágenes y fines de la educación en el Estado de México en el siglo XIX» en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, julio-diciembre 1996, vol. 1, núm. 2.
- Pérez Siller, Javier, «Historiografía general sobre México Francia: 1920-1997», en Javier Pérez Siller (Coordinador), *México Francia, Memoria de una sensibilidad común siglos XIX-XX*, BUAP/El Colegio de San Luis, A. C./CEMCA, México, 1998.
- Rodríguez, María de los Ángeles, «Un educador francés por Colima, México: Mathieu de Fossey (1805-1872)», en *Memoria, conocimiento y utopía*, Anuario de la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación, Número 1, México, ediciones Pomares, Enero 2004 - mayo 2005.
- Skerrit Gardner, David, *Colonos franceses y modernización en el Golfo de México*, Universidad Veracruzana, México, 1995.
- Staples, Anne, «Panorama educativo al comienzo de la vida independiente», en *Ensayos sobre historia de la educación en México*, El Colegio de México, México, 1981.
- Tanck de Estrada, Dorothy, «Las escuelas lancasterianas en la ciudad de México: 1822 - 1842», en Varios Autores, (Introducción y selección de Josefina Zoraida Vázquez), *La Educación en la Historia de México*, Lecturas de Historia Mexicana 7, El Colegio de México, México, 1992.

- Tanck de Estrada, Dorothy, «El gobierno municipal y las escuelas de primeras letras en el siglo XVIII mexicanos», en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, mayo-agosto 2002, vol. 7, núm. 15.
- Torres Septián, Valentina, «Los educadores franceses y su impacto en la reproducción de una élite social» en Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel (Coordinadores), *México Francia, Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX y XX*, Vol. II, México, BUAP/ColMich/CEMCA, 2004.